



BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

OBISPADO DE SIGÜENZA.

Esta publicacion oficial saldrá por un orden regular dos veces al mes, segun disponga el Prelado.

OBISPADO DE SIGUENZA.

NOS DON FRANCISCO DE PAULA BENAVIDES Y NAVARRETE,
 POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBIS-
 PO DE SIGUENZA, DEL HÁBITO DE SANTIAGO, PRELADO DOMÉSTI-
 CO DE SU SANTIDAD Y ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO,
 DEL CONSEJO DE S. M. ETC.

*Al venerable Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia,
 al respetable Clero, á nuestras muy amadas Comunidades
 religiosas y á todos los fieles de la Diócesis: la gracia de
 nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu.*

Venerables hermanos y amados hijos: Aunque no necesi-
 tamos de defensa ante vuestra prudencia y cariño, dire-
 mos sin embargo, que no puede imputársenos el silencio de
 algunos dias despues de nuestro feliz regreso de Roma. Al-
 terada nuestra salud, hemos sufrido con resignacion esta

prueba ofrecida á nuestro amor, impaciente por daros cuenta del viaje que emprendimos á la Ciudad Santa con los mas altos fines, y realizamos merced á la Providencia, habiéndolos cumplido con gran regocijo de nuestra alma. Hoy ya, cambiando sus horas el Padre de las misericordias, nos permite saludaros desde esta Silla episcopal, y reconocer solemnemente la distinguida piedad de nuestro Cabildo Catedral, de los Monasterios, Párrocos y fieles todos, vivamente interesados en la prosperidad de su Obispo y en el término venturoso de una peregrinacion, no esenta de peligros y cincundada de gloria. Asi lo publican sin duda tantos pensamientos devotos como os han dominado con este motivo, los plácemes verbales y escritos de muchos, y los dulces agasajos de esta capital diocesana, presidida por su muy atenta autoridad local, tan alegre en el Señor por recibirnos. Cuadro consolador en los tiempos de indiferencia religiosa que alcanzamos, y prenda de lo que en mas alta escala ostentaria vuestra fe, si ella peligrara, lo que Dios no permita, en la hora suprema de ese cataclismo universal con que el siglo parece amenazarnos. Pero esto no obstante, á despecho de la soberbia razon humana harto olvidada de su propia debilidad, á pesar de la idolatría que el hombre hace de sí mismo con pérdida de su virtud y menoscabo de las eternas primordiales leyes de religion y moral, debemos asegurarnos, que ni por un momento siquiera hemos dejado de meditar durante nuestra reciente memorable expedicion aquellas palabras de S. Pablo á los Hebreos: *Jesucristo el mismo que ayer, es hoy: y lo será por los siglos de los siglos.* ¡Consoladora divisa! Nos ha servido de garantia en todos nuestros pasos y ha confirmado, como con un sello, todas nuestras observaciones. Prueba de ello es el espectáculo que contemplamos con sumo gozo de nuestro corazon y he-

ridos dulcemente en lo mas vivo de nuestros sentimientos de unidad católica, apenas abandonamos nuestra habitual residencia. Una ciudad de los dominios españoles, ciudad populosa, floreciente y rica, modelo de pueblos laboriosos, inteligentes y cultos; Barcelona, nos conmovió tiernamente y arrebató nuestra admiracion con su piedad insigne, con la noble expansion de sus habitantes. Todos sin distincion de clases ni gerarquías oraban con los Prelados de España, próximos á embarcarse; todos aplaudian nuestra resolucion de visitar al aflijido, de pedir por las necesidades públicas sobre el sepulcro de los Apóstoles y de tomar parte en los solemnísimos actos religiosos que nos aguardaban en Roma cristiana. Impresionados en lo mas hondo de nuestra fe con tanta verdad y amor, repetíamos en nuestra mente: *Jesucristo reina. Jesucristo el mismo que ayer, es hoy: y lo será por los siglos de los siglos.* Asi partimos de las playas de aquel renombrado pueblo, para encontrarnos al dia tercero de nuestro derrotero por las aguas en los estados Pontificios y en la misma capital del orbe católico.

Constituidos en ella, la idea que nos embarga, el deseo que nos preocupa en la antigua metrópoli del cristianismo, es acercarnos al Padre Santo, al Vicario de Jesucristo, al inmortal Pio IX, para besar su sagrado pie y ofrecerle el tributo humilde de nuestros homenajes. Cálmasse nuestra ansiedad: ¡Bendito Dios! Hemos visto al instante y contemplado de cerca la mas alta personalidad del mundo, primero en audiencia pública y luego en la privada, que sin pérdida de tiempo pedimos y alcanzamos, en términos de adelantarnos notablemente en esta inefable dicha. Qué gratas emociones sintiéramos, qué profunda admiracion nos arrebatara contemplando su bella figura, su encantador semblante, oyendo su voz, sus preguntas de amor y recibiendo sus pa-

ternales caricias, nunca, nunca podremos describirlo. No hay pincel que dibuje aquella actitud tan señora y tan gallarda; no hay palabras que expliquen el misterioso efecto de aquella dulce mirada, de aquella espresion vivísima, de tanta gracia en el decir, de modales tan escojidos por su sobriedad y elegancia. ¡Qué santa magestad! ¡Qué corazón tan benigno! ¡Qué sabiduría en el consejo! ¡Qué solidez en la piedad! ¡Qué firmeza en la justicia! ¡Qué caridad con el pobre! ¡Qué protección para el talento, las ciencias y las artes! ¡Cuán bondadoso é indulgente con el extraviado! ¡Cuán solícito en perdonar! ¡Cuán sereno en la tempestad! ¡Cuán confiado en la Providencia! Este es Pio IX. Este es el inmortal Pontífice, que desplegando sus labios elocuentes para agradecer á sus hijos el socorro y la dádiva, abre al mismo tiempo su mano y reparte con largueza obsequios, finezas y honores. Y como si no fuera bastante motivo de gratisimo recuerdo á los Prelados congregados en Roma la presencia de un conjunto tal de virtudes, de bondades y gracias que hacen mas y mas esplendorosa la Tiara, á todos distribuye santas reliquias, libros monumentales de literatura y ciencia, medallas costosas, y por último dispensa la señalada honra de un banquete, á la par de Soberano y de Padre, servido con imponderable delicadeza en el Palacio Apostólico Vaticano, el 9 de Junio, siguiente día al de la canonización de los Mártires japoneses y del Beato Miguel de los Santos. Mencionada ya esta celeberrima fiesta, no pasaremos de aqui sin decirnos que tuvo lugar felizmente, con inquietud empero del infierno y sobresalto de la turbulenta impiedad contemporánea, mas con profunda calma de los corazones cristianos y alegría de los coros celestiales. En los momentos prefijados con admirable prevision y con una magnificencia adaptable solo á la verdad católica y á las formas bri-

llantes de su culto, se abrió la Basílica de S. Pedro para proceder á la suspirada y augusta ceremonia. Cuando el Sumo Pontífice instado una y mas veces por el abogado consistorial y fortalecido con la oracion comun pronunció sentado en la Cátedra, en idioma latino, esta sentencia definitiva: «En honor de la Santa é indivisa Trinidad, exaltacion de la fe católica y aumento de la religion cristiana, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Pedro y Pablo y la Nuestra: despues de un detenido examen, y de haber implorado muchas veces el auxilio divino, y de consejo de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, los Patriarcas, los Arzobispos y Obispos existentes en esta Ciudad, declaramos y definimos que son Santos y adscribimos en el catálogo de ellos á los bienaventurados Pedro Bautista, Martin de la Ascension, Francisco Blanco, sacerdotes: á Pablo Miki, Juan Soan, Felipe de Jesus, clérigos: á Diego Santiago Kisai, catequista: á Francisco de S. Miguel, Gundisalvo Garcia, Pablo Suzubui, Gabriel de Duisco, Juan Quinzuya, Tomas Danchi, Francisco, Tomas Cosaqui, Joaquin Saquijor, Buena-ventura, Leon Carazuma, Matias, Antonio, Luis Ibarchi, Pablo Yanicus Ibarchi, Miguel Cozoqui, Pedro Sequezim, Cosme Raquisa, Francisco Faelante, legos, todos mártires; y Miguel de los Santos, confesor: decretando que su memoria debe celebrarse con piadosa devocion por la Iglesia universal en cada año, á saber; el dia 5 de Febrero la de Pedro Bautista y sus compañeros, en cuyo dia padecieron por Cristo, entre los santos mártires; y el dia 5 de Julio la del Beato Miguel, entre los santos confesores no Pontífices. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.» Entonces abierto nuestro corazon á Dios exclamamos: ¡O Santa Iglesia Romana, Cátedra principal, Madre de las Iglesias

y de todos los fieles, Iglesia escojida por Dios para unir á sus hijos en la misma fe y en la misma caridad! ¡Qué grande eres y qué ennoblecida te presentas con la autoridad de Pedro, de todos los Apóstoles y de todos los Concilios! Recibe nuestros profundos acatamientos en este día de bendición y de justicia. Sí, venerables hermanos y amados hijos: venid y contemplad tan grandiosa escena. Hoy que el error vomita blasfemias y sarcasmos contra la Iglesia católica, hoy que sus enemigos la suponen decrepita é infecunda, hoy mismo se muestra admirable en sus Santos, y viene á cambiar los temores en esperanzas y las humillaciones en triunfos, mediante la intercesion de sus nuevos protectores. ¿Qué quiere sino la Iglesia, que intenta al inscribir en el catálogo de los santos el nombre de estos invictos mártires y confesores preclaros? Quiere convencer, intenta iluminar, procura instruir al mundo manifestando la grandeza del poder y misericordia divina por medio de sus siervos. Quiere hacer gala con sus héroes de no derramar en sus conquistas sangre ni lágrimas, antes bien su fuerza está en atraer los corazones suavemente y con éxito el mas seguro. Quiere contraponer las obras del celo cristiano y de la caridad evangélica en favor de la humanidad, á los esfuerzos estériles del egoismo y de una política malvada que aparta á los pueblos de sus esperanzas inmortales. Quiere colocar en el cielo sobre tronos, los que en la tierra fueron pobres, débiles y perseguidos. Quiere, en fin, recrearse en esas preciosas joyas de la ciudad de Dios y considerarlos como nuevos ministros de la misericordia divina que velen por los imperios y sostengan la piedad. ¡Cuánta gloria, decíamos recojidos en meditaciones sublimes durante la sagrada ceremonia, para nuestra nacion, la ínclita nacion española! Estan declarados para varios de sus hijos los honores de la santidad y del culto.

Porque no es la dicha mayor de un pueblo, y aun á veces puede ser su desgracia, distinguirse por la habilidad de sus políticos, por el valor de sus capitanes, por la doctrina de sus sabios, por el espíritu de conquista en sus reyes, por la ciencia de sus estadistas y por la cátedra elocuente de sus filósofos. La dicha mayor de un pueblo, proclamaremos en voz alta, es tener santos. Es contar entre sus hijos con amigos de Dios, con ministros y depositarios de sus dones para ventaja de los hombres. ¿Y cómo se forman los santos? Con esforzados patricios, que caminando por los difíciles senderos de la humildad, de la dulzura, de la paciencia y de la cruz, nunca cesen de progresar y subir alentando con su ejemplo á las generaciones presentes y futuras. Con ingenios sublimes subordinados á la fe, no rebeldes en pagar el tributo de su razon, y que abduquen de sí mismos para remontarse al conocimiento de Dios. Con almas de abnegacion, con corazones arrepentidos que tengan verdadero dolor y un amor perfecto para correr como gigantes por el camino de los mandamientos divinos. Con espíritus privilegiados, á quienes Dios predestinó en sus designios, y los hizo brillar como antorchas para mantener la gloria de su nombre. Con seres humildes y oscuros segun el mundo, pero consagrados por la gracia de Jesucristo para defender y conservar la verdad. Asi, asi se forman los santos. Y nos complaciamos ante el altar de la confesion de S. Pedro, el dia 8 de Junio último, repasando estas eternas verdades, que despues debiamos inculcaros, como con tanto amor ejecutamos, por la virtud de nuestro ministerio. Pero no lo hemos dicho todo. Entended, carísimos, que no se levantan en el firmamento de la fe esas refulgentes estrellas para solo arrebatat la admiracion de las edades, y que la Iglesia no coloca tan alto sus hijos predilectos para que la sociedad los mire con

indiferencia, ó los insulte con el pecado, no; todo lo contrario. Esa cadena no interrumpida de santos dentro de la Iglesia católica, y la constante solitud de esta Madre en conservar con los dogmas de la creencia los dogmas de las costumbres evangélicas, vienen á recordarnos la obligacion de imitarles y seguirles. La soberana adoracion, ha dicho San Agustin, es la misma imitacion de aquello que se adora. Y el sapientísimo señor Espiritu Flechier, antiguo Obispo de Nimes, espone de esta manera la materia: «El culto y el honor de imitacion, en todo tiempo es debido á Dios de parte de la criatura angélica y racional. Los ángeles, y el primer hombre en el estado de la inocencia, estaban obligados á honrar á Dios imitándole; pero no estaban obligados á venerarle y honrarle por medio de la oracion y la invocacion. Despues del juicio del mundo cesará la invocacion; ya no quedará mas que pedir, ni por sí ni por otros. Asi como se habran cumplido todos los deseos de los bienaventurados, asi tambien se acabarán todas las súplicas y peticiones; y cesando las necesidades cesarán tambien los ruegos é intercesiones. Pero la imitacion jamas cesará, porque los hombres y los ángeles siempre seran las imágenes y las semejanzas de Dios. Este Señor es el modelo perfecto y universal de todos los entes, seres ó sustancias; y toda la religion del hombre se reduce principalmente á imitarle. Pero como él esté rodeado de luces inaccesibles, y se halle en el cielo disfrazado, digámoslo asi, y encubierto bajo de su misma grandeza, ¿quién habrá que no esclame y diga á vista de esta magestad incomprendible: *Señor, quién hay que pueda ser semejante á vos?* Para hacer mas facil nuestra imitacion, nos ha dado á su Hijo Jesucristo, imagen visible de sus divinas perfecciones. Mas temiéndose todavia la humana fragilidad no poder comprender ni alcanzar á un modelo tan perfecto y

elevado, nos propone la Iglesia el ejemplo de los santos, que fueron hombres como nosotros, mortales y pecadores como nosotros; y que dicen á todos los fieles lo que S. Pablo decía en otro tiempo á los Corintios: «*Sed vosotros nuestros imitadores, como nosotros lo hemos sido de Jesucristo.*»

Esto mismo predicán al presente siglo los héroes del nombre cristiano, canonizados en Roma el día 8 de Junio último. Es decir, que á todos nos muestran su vida, su muerte y su corona, exigiéndonos el incienso de la oracion y la copia de sus virtudes. Y aun añadiremos, que desde el fondo inmenso de sus delicias y entonando sin cesar un aleluya en los cielos, nos llaman y nos alientan diciendo: *Animo, no temais. Reinamos con Jesucristo, y Jesucristo el mismo que ayer, es hoy: y lo será por los siglos de los siglos.* Cantemos loores eternos al invicto y santo Pontífice Pio IX, que imperturbable en la nobilísima tarea de engrandecer á su siglo, cuando tantos le degradan, acaba de escribir esa brillantísima página en los fastos de la Iglesia y de la historia. Pero no han terminado las actuales celebridades de Roma con la canonizacion de veinte y siete héroes cristianos. La ilustre asamblea de Obispos, congregada con este motivo en número mayor que siempre y con pompa inusitada, no se disuelve sin reunirse otra vez en el Palacio Vaticano bajo la paternal presidencia del Soberano Pontífice. ¿Y para qué? En realidad para hacerse mutuamente una despedida llena de significacion y ternura. Hablen sino por nosotros la alocucion pontificia de 9 de Junio, y el mensaje episcopal leído el mismo día en la sala del Consistorio. Harto espresan los referidos documentos que se han dictado en momentos supremos, y que se pronunciaron con el acento de la mas sublime caridad. ¡Ah! qué imponente estaba el salon Consistorial, enaltecido aquel día con un poder tan escelso, y adornado con

la virtud, la ciencia, con el celo de tantos avanzados centinelas de Israel. Era digno de considerarse cómo el venerable Pontífice, colocado, bien puede decirse, en la misma pendiente del Calvario, arrebatada la admiración y el amor de aquellos esclarecidos Prelados, recojiendo de sus augustos labios el cuadro profundamente triste de la Iglesia perseguida, de la Religión despreciada, del orden civil revuelto y de la sociedad entera convulsa. Voz de magnificencia y fuerza, levántase sonora para decir á los padres en la fe estas ó semejantes palabras: Dios y sus eternas leyes, Jesucristo y sus méritos infinitos, las nobles conquistas de la revelación sobre el entendimiento y la voluntad del hombre, derechos legítimos de los estados, principados civiles de una y otra corona, gerarquía sagrada de la Iglesia, asociación indispensable y respeto mutuo de los deberes y derechos, todo, todo se conculca en este siglo infeliz y adulador de sí mismo. El magisterio del error establece por do quiera escuelas de orgullo y sensualidad, teniendo á sus órdenes así los recursos de la idolatría y el paganismo, como las armas de la heregía, de la reforma y racionalismo. De esta manera; oh dolor! intentan arrastrar las almas, apartándolas de la invariable justicia de Dios y de este Vicariato divino, centro de la unidad católica y fundamento inquebrantable de la Iglesia. Continúan aquellos dulcísimos cuanto enérgicos acentos, no solo para confirmar á sus hermanos en la fe, reiterando protestas, condenación y censura contra infernales errores, injusticias, debilidad, indiferencia y escándalo sin cuento, sino para exhortales á conducirse como buenos soldados de Cristo en una tan terrible guerra empeñada. Ultimamente, aquella sagrada boca se ocupa de repetir al episcopado católico y á los fieles que representa, testimonios de gratitud muy tierna, y su lengua y su brazo, inspira-

do el corazón de lo alto, se mueven para bendecirles. Que esta escena de sabiduría, de piedad y amor, fue fielmente correspondida, mil voces lo han publicado, y la historia, depositaria ya del mensaje del episcopado católico, abriendo sus fastos memorables en cualquier tiempo lo acreditará siempre. Es un alto documento de conciencia. Está escrito para amigos y adversarios. Nada más lisonjero para el episcopado católico que las siguientes frases del Sumo Pontífice como muestra de benevolencia después de su lectura.

«Los sentimientos que nos habeis expresado, venerables hermanos é hijos bien amados, nos han causado una alegría profunda; son prendas de vuestro amor hacia la Santa Sede, ó mejor aun, testimonios brillantes y magníficos de ese lazo de caridad que une tan estrechamente á los Pastores de la Iglesia católica, no ya entre sí, sino con esta Cátedra de verdad, en la que aparece patente que Dios, autor de la paz y de la caridad, está con nosotros. Y si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? ¡Alabanza, pues, honor y gloria á Dios! A vosotros paz, salud y alegría. Paz á vuestros corazones, salud á los cristianos fieles confiados á vuestra solicitud. Alegría para vosotros y para ellos, á fin de que os exalteis con los santos, entonando un cántico nuevo en la casa del Señor por los siglos de los siglos.»

Por nuestra parte, venerables hermanos y amados hijos, debiendo terminar ya esta carta, no lo haremos sin compartir con vosotros las honras tan señaladas de nuestro providencial viaje á Roma, y sin que podáis interesaros hasta en las emociones especiales arrancadas á nuestro corazón, ó sorpresas ofrecidas á nuestra inteligencia, en la Ciudad monumental y santa. En aquella mansion privilegiada debeis saber, nada, nada se encuentra tan culminante como la Cruz.

No en vano está materialmente colocada sobre la cúpula del primer edificio del mundo, y primero también entre los templos. Por esta razón han progresado admirablemente y progresan hoy en su seno todos los ramos del saber humano. La fe y la ciencia tienen allí el más íntimo consorcio, como era de suponer de aquel magnífico centro de la enseñanza católica. ¿Quereis seguir la carrera del espíritu viéndole gozar tranquilamente de sus derechos legítimos, y sin que nadie suscite embarazos á sus nobles facultades? Visitar los establecimientos literarios y de bellas artes de la Ciudad de los Papas, y todo os convencerá de estar en ella, principalmente la escuela de los hombres eminentes, sencillos por un lado á causa de su fe, y por otro altos como gigantes, por el vuelo de su razón hasta el desarrollo del genio. El ilustre y erudito vizconde de Chateaubriand dice á este propósito: «La corte de Roma se ha manifestado siempre superior á su siglo. Tenia ideas de legislación, de derecho público; conocia las bellas artes, las ciencias, la civilización cuando todo estaba sumido en las tinieblas de las instituciones góticas: no se reservaba exclusivamente la luz, sino que la derramaba sobre todos, derribando las barreras que las preocupaciones habian levantado entre las naciones. Es pues una cosa generalmente reconocida, que la Europa debe á la Santa Sede su civilización, una parte de sus mejores leyes y casi todas sus artes y ciencias.»

Ahora observaremos que con especialidad en los presentes días de luto, de invasión, de alarma y sacrílego despojo, la fe se corrobora en Roma. Allí brotan por todas partes recuerdos paganos y argumentos del antiguo cesarismo, y á cada paso también se encuentra una elocuente prueba de la caducidad del hombre siquiera fuera dueño de dilatados reinos y de legiones belicosas. ¿Qué ha sido del antiguo foro

romano donde tantas veces resonó la poderosa voz de Ciceron? Convertido está en un terreno sin formas y se llama el campo de las vacas. ¿Qué se ha hecho del Circo Máximo? Desaparecieron los cien mil espectadores que aplaudian frenéticos escenas de sangre. Nosotros besamos con humildad y enternecimiento aquella tierra santificada con la muerte de tantos ilustres mártires, y subimos conmovidos á una modesta tribuna colocada á la sombra de gigantescas ruinas y destinada para anunciar al pueblo romano los misterios de Dios y la infinita caridad de Jesucristo. ¿Y qué diremos del Capitolio, de la roca Tarpeya, de la carcel Mamertina, del palacio de los Césares, del foro Trajano, del puente de Adriano, del panteon de Agripa y de los arcos triunfales de Tito y de Constantino? Diremos que la memoria de unos y la existencia de otros monumentos de la antigua Roma declaran con elocuencia que irrevocablemente estan reemplazados sus falsos dioses con el único Dios verdadero, y la metrópoli del gentilismo con la patria universal de los creyentes. Pero, sobre todo, estas ideas se agrandan, estas inspiraciones dominan y elevan el espíritu cuando ya preparado con atravesar la inmensa plaza del Vaticano, de forma elíptica, adornada de colosales columnas, de fuentes y obelisco de granito de Egipto, y despues de admirar el pórtico del templo, embellecido con mil primores y las magníficas estatuas ecuestres de Constantino el Grande y Carlo-Magno, ínclitos defensores de la Iglesia, se penetra por fin en la Basílica de S. Pedro. Es este monumento católico en su conjunto y detalles, en su idea y ejecucion, el cuadro mejor acabado, la mas completa obra de los Papas y artistas inspirados. Gracias infinitas, gloria inmortal á la memoria imperecedera de los Pontífices Nicolas V, Paulo II, Julio II, Leon X, Paulo III, Pio V, Gregorio XIII, Sisto V,

Clemente VIII, Paulo V, que así la promovieron y continuaron; renombre y bendición para los hábiles arquitectos Rosellini y Alberti, Bramante, Sangallo y Rafael de Urbino, Baltasar Peruzzi, Buonarroti, Barozzi, Maderno, Bernin y otros que así la concibieron y ejecutaron. Los siglos se suceden transmitiendo unos á otros la admiración que les produce este prodigio de la fe, este ornamento de la Ciudad pontifical y de las naciones católicas. *A Domino factum est istud*: esta es obra de Dios, repetíamos con David, una vez y otra que fuimos á recrearnos y abismarnos en medio de aquellas interminables bóvedas de tanta riqueza arquitectónica, de esculturas, relieves y pinturas, de mosaicos, de mármoles, de bronces y dorados. La fe, la humana inteligencia y la materia inerte se han prestado dócilmente como instrumentos de la Providencia en aquella obra inmortal. Nos también obedeciendo á una voz interior, la visitábamos por nuestra calidad de Obispo, é impresionados con tal cúmulo de grandezas, sentíamos la dulce necesidad de confesar la fe, allí, donde tan viva despierta para los encargados del régimen de la Iglesia. Y arrodillados ante el sepulcro de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, la confesamos efectivamente, venerables hermanos y queridos hijos, aplicándonos con ánimo fortalecido aquellas palabras del Príncipe de todos ellos: «*Sois el Cristo, el Hijo del Dios vivo,*» y repitiendo con el corazón: *Sois, Señor, el camino, la verdad y la vida*. Protestamos creerlo y enseñarlo así contra todo género de novedad y fábula. Confesamos, Señor, que Pedro fue y continua siendo en sus 258 sucesores la piedra sobre que descansa y resiste invulnerable vuestra Iglesia. Juzgamos como juzga, sentimos como siente de todos los puntos de la economía cristiana el Doctor universal, vuestro Vicario en la tierra, Pio IX, reinante hoy por

la divina Providencia. Defenderemos á su lado el depósito de la doctrina y la doble potestad del Pontífice soberano. ¡Cuán de veras imploramos entonces para todos vosotros el poder de intercesion de aquellas venerandas cenizas. Suspiramos para unos las gracias de celo, de conquista, de estudio, de recogimiento, de vida ejemplar y santa; para otros el espíritu de obediencia, la sobriedad, el temor de Dios, y la obligacion del estado propio; para todos la salud y la alegría en el Señor, que es la honra y la paz de la familia cristiana, y para todos igualmente esquisitos sentimientos de liberalidad en socorro del augusto Pontífice reinante, generoso sin rival en la abundancia y mas generoso dentro de la misma pobreza.

Por lo demas esperemos un sol brillante para la Iglesia despues de la presente contienda. Otras se han suscitado, y á todas siguieron los triunfos. Bien lo sabemos: se disputa contra Dios, pero no se canta victoria. La hipocresía, los sofismas y la envenenada diplomacia de unos, asi como la impía franqueza revolucionaria de otros, caerán. Entretanto confiemos en Dios y temamos solo á nuestros pecados. No aguardemos tranquilos y sentados en las tinieblas el dia de la misericordia. Vistámonos de nuestro Señor Jesucristo con el mérito de la oracion y de la penitencia para saludar pronto una aurora de paz y de justicia.

Ahora, venerables hermanos y carísimos hijos, levantad vuestra cabeza y dirijir la mirada al Palacio pontifical Vaticano de S. Pedro en Roma; pero postraros muy luego y recibid humildes la bendicion Apostólica que desde allí os envia por la persona de vuestro Obispo, nuestro amantísimo Padre Pio IX, en el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio episcopal de Sigüenza, dia de

la Asuncion de la Virgen Maria, 15 de Agosto de 1862.—
FRANCISCO DE PAULA, *Obispo de Sigüenza*.—Por mandado de
S. S. I. el Obispo, mi señor, *Dr. José Fernandez*, Arcipres-
te Secretario.

Los Sres. Curas párrocos leerán la presente Pastoral á los fieles sin tardanza, y en la forma acostumbrada, haciéndolo igualmente con la oportunidad de su celo, tanto de la alocucion Pontificia de 9 de Junio último, como del mensaje Episcopal de 8 del mismo, contenidos en los inmediatos precedentes números del Boletin de la Diócesis.



SECRETARIA DE CAMARA.

Circular número 106.

En virtud de concesion extraordinaria hecha por Su Santidad nuestro Santísimo Padre Pio IX á los Prelados que han concurrido á la Ciudad eterna con motivo de la solemne canonizacion de los Santos Mártires del Japon y San Miguel de los Santos, nuestro dignísimo é Ilmo. Sr. Obispo, Dios mediante, se propone en el dia de la Natividad de nuestra Señora celebrar Misa Pontifical con bendicion Apostólica é indulgencia plenaria á todos sus diocesanos que, confesados y comulgados debidamente, asistan á ella rogando á Dios por la salud del Sumo Pontífice, estirpacion de las heregías, la paz y prosperidad de la Santa Iglesia y del Estado.

Sigüenza 28 de Agosto de 1862.—*Dr. José Fernandez*,
Arcipreste Secretario.

Sigüenza.—Imp. de Manuel Pita.